

«dualidad obsesiva» que supuestamente penetra el pensamiento náhuatl no es más intensa que la que se observa en el Viejo Mundo. b) Aplicar el 13 a las estructuras arquitectónicas escalonadas en 7 niveles es un error: sería mucho más lógico pensar en los 7 planetas observables a simple vista, o en el número sagrado del maíz. c) Los nuevos cálculos acentúan el paralelismo entre la ciencia nahua originaria y la maya. d) Una vez entendido el desplazamiento del comienzo del año por falta del bisiesto, se comprende que Xipe Tótec no es, en realidad, un dios de la primavera sino del otoño y del invierno, y no lo es de la vegetación sino que es un dios mineral, de acuerdo con las fuentes. En resumen: una obra brillante, a pesar del valor desigual de su argumentación.

Relación de antigüedades deste Reyno del Pirú, Joan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamaygua, *Estudio etnohistórico y lingüístico de Pierre Duviols y César Itier*, Cusco: Institut Français d'Études Andines / Centro de Estudios Regionales Andinos «Bartolomé de Las Casas», 1993, 352 págs. en varias foliaciones.

La media docena de ediciones de esta crónica de Indias, clásica entre las clásicas, se ve aumentada con ésta, a la vez facsimilar y con transcripción paleográfica. Hay ya un progreso con respecto a las defectuosas transcripciones de ediciones anteriores, sin mencionar las criticables traducciones que es-

tas últimas daban de los textos quechuas.

Pero lo fundamental de esta nueva publicación son los dos estudios introductorios, fundamentalísimos para toda investigación futura, cuya conclusión común podría resumirse así: los datos esenciales de esta *Relación*, que solían aducirse como testimonios de las creencias andinas prehispánicas, están en realidad contaminados por la influencia de los misioneros. Tanto Duviols como Itier habían presentado sus tesis en publicaciones previas, pero en la presente aparecen éstas revisadas y aunadas con el texto que estudian.

Duviols analiza muy detalladamente el famoso dibujo de Pachacuti que, según éste, representa la escena que adornaba una pared del templo de Coricancha. En su opinión, cada detalle importante remite a la tradición europea y cristiana. El total, por ejemplo, reproduce un muro corto de cualquier edificio neoclásico o barroco coronado por el ángulo de un techo a dos aguas que no en pocos casos cuenta en la mitad superior con una ventana o adorno de forma ovalada como la plancha de oro que simbolizaba a Wiracocha; el importante en edificios incaicos culturales era el muro largo, el cual no podía terminar por arriba en un ángulo como el antedicho. Algunas iglesias de la época tenían esculpidas en el portal figuras de distintos seres importantes de la Creación. También la terminología religiosa de los textos quechuas tiene su modelo en textos bí-

blicos o europeos de la época. Más que dudoso, entonces, es el intento de Pachacuti de hacernos suponer que Manco Cápac ya había llegado a sostener una religión monoteísta, y mucho más dudosa es la terminología que designa a Wiracocha como dios creador, fácil así de identificar con el Dios cristiano; este intento hace de la *Relación*, por consiguiente, una obra tendiente a facilitar la evangelización del Perú indígena.

Itier distingue en primer lugar tres letras distintas en el manuscrito: la de Francisco Ávila, la de Pachacuti y la de un amanuense; curiosamente, los seis textos quechuas del libro (himnos religiosos u oraciones) no muestran las características lingüísticas propias de Pachacuti, por lo cual es de suponer que éste los dictó copiándolos de una fuente escrita cusqueña. Es fundamental la nueva traducción que Itier suministra de dichos textos, así como la explicación de los términos que en aquella época solían traducirse como *Creador* o *Creación*. La conclusión es que estos significados no existían en el quechua antiguo; la caracterización de *Pacha Yachachiq* dada a Wiracocha en la *Relación*, traducida en ella (y ya antes por Betanzos y por Domingo de Santo Tomás) como «Hazedor» o «Hazedor de cielo y tierra», significaría más bien «el que lleva la superficie de la tierra al punto de desarrollo requerido (para su pleno aprovechamiento agrícola)», lo cual hace de Wiracocha un héroe cultural de gran im-

portancia en la introducción de la agricultura (como lo confirman otras fuentes de la época). Su otra caracterización como *Runa Wall-paq* no equivaldría a «creador de la humanidad» sino a «el que dota a los hombres de lo necesario para un fin determinado», es decir, precisamente «héroe cultural».

Agustín Seguí

Obra completa, Juan L. Ortiz, *Centro de Publicaciones / Universidad Nacional del Litoral - Santa Fe, 1996.*

Esta más que bienvenida edición resulta, sin duda alguna, un acontecimiento sumamente significativo e, incluso, para algunos de nosotros, también emocionante. No sólo por la inusual envergadura del volumen, que alcanza más de mil doscientas páginas, ni tampoco porque la iniciativa se deba a una alta casa de estudios del interior del país y no a alguna empresa editorial, sino porque algunas décadas después de que la última dictadura militar convirtiera nuevamente en leyenda, destruyéndolos, los últimos ejemplares de la ya mitológica primera edición de las obras completas de Juan L. Ortiz (1896-1978), aquellos tres volúmenes reunidos en 1970 bajo el título común de *En el aura del sauce* y que tampoco publicara ningún sello comercial sino una meritoria biblioteca popular también santafesina, la rosarina «Constancio C. Vigil» para su edi-

torial Biblioteca, y después de trajar mucho en busca de un anunciado cuarto tomo, a su vez también devenido mitológico, los lectores exigentes de poesía de nuestro país y de nuestro idioma vuelven a tener a su disposición la alta palabra de este inolvidable poeta entrerriano.

Pero no se trata, simplemente, de una mera reedición. Hay aquí todo un proyecto, a la vez viejo y nuevo, renovador y respetuoso, de transcripción y de lectura que otorgan además, a este dignísimo y logrado esfuerzo, el mérito añadido de constituirse asimismo en una aventura intelectual, cuyo criterio es lícito atribuir, aunque él mismo sólo se haya adjudicado —más que modestamente— la introducción y notas, al inquieto y exigente Sergio Delgado, en gran medida el editor de todo el conjunto. Comencemos por señalar que, tal como lo señala en su texto preliminar, a él se debe la iniciativa de reunirlo todo en este único y grueso volumen, como señalábamos al comienzo. Pero aclaremos que el criterio para ello no ha sido en absoluto fríamente técnico o práctico sino incisivamente literario: a pesar de que Juan L. Ortiz fue publicando en vida, como se sabe, sus propios libros en ejemplares delgadísimos y de factura casi artesanal, que él mismo se ocupaba de distribuir entre amigos y allegados, sin el más mínimo criterio digamos comercial, y que la citada edición rosarina en tres tomos se efectuara en vida del autor, el criterio central

adoptado por Delgado es que nuestro poeta no escribió en realidad a lo largo de toda su vida más que un solo libro: el citado *En el aura del sauce*, y es a resaltar ese propósito que responde la insularidad de este enorme volumen.

El libro se completa con un cuaderno previo de poemas inéditos, no publicados en vida por Ortiz y a los que Delgado (consecuente con su lógica central) se animó a bautizar como *Protosauce*, añadiendo como corolario todos los textos en prosa que han podido detectarse y que Ortiz desperdigó aquí o allá, generalmente en las páginas de modestos periódicos provincianos. Cabe destacar asimismo, por otro lado, para contribuir a enfocar la perspectiva desde la cual cabe apreciar tan llamativo esfuerzo que, con respecto a los cuerpos de la tipografía empleada, que el propio Ortiz prefería casi mínimos, apenas perceptibles, se ha ido aquí inclusive más allá de lo que había llegado a concretar aquella otra también memorable primera edición completa rosarina.

Nos encontramos entonces frente a un acontecimiento absolutamente inusual en nuestro medio. No sólo el rescate de un gran escritor prácticamente olvidado —y en lo que resulta más loable, su obra— sino, lo que no es menos insólito, el mérito accesorio de que todo ello se haya concretado mediante una puntillosa edición crítica, comentada y anotada, que no sólo se ha ocupado de recuperar inéditos y otros escritos prácticamente inha-

llables sino que, con ello, al hacerlo, propone y practica una nueva lectura de esa misma obra. Características cuya agudeza se intensifica con la inclusión de nuevos enfoques críticos, confiados por lo general a escritores en gran medida jóvenes y que jamás, en consecuencia, llegaron a tener contacto personal con el poeta.

Porque hay algo que resulta inevitable, pero no en un solo sentido. Si bien es innegable que toda obra literaria, transcurrido cierto tiempo de la muerte de su autor, deberá ineludiblemente comenzar a ser considerada cada vez más estrictamente tan sólo en función del mero texto, sin que las anécdotas o los contextos influyan en su recepción, también sigue siendo igualmente verdad que el contacto directo con un gran artista puede enriquecer la percepción de sus obras y que, asimismo, como también ya está ocurriendo, nuevos contextos y nuevas generaciones aportarán enriquecedoras y hasta confrontadas lecturas a textos de tanta calidad estética y humana como la alta, indeleble poesía de nuestro Juan L. Ortiz. Así sea.

Juan L. Ortiz / Poesía y ética, Oscar del Barco, Alción Editora - Córdoba, 1996, 120 págs.

No creo que haya sido definitivo, pero sí me resulta sintomático. La conmemoración del centenario de Juan L. Ortiz (nacido en 1896), una de las personalidades más

hondas y originales de nuestra cultura, pareciera coincidir con una nueva mirada, o al menos una mirada diferente, sobre su vida y su obra, ambas raigalmente poéticas.

Como ocurrió también –y no es casual que así haya sido– con otra figura igualmente indeleble, Macedonio Fernández, acaso a medida que nos alejamos de su muerte (Ortiz falleció en 1978, a sus 82 años) la memoria de su subyugante manera de ser deja de conservarse bien latente, agudamente viva como en el recuerdo de aquellos que tuvimos la suerte –inmensa– de conocerlo. Y es su escritura, su texto, como suele ocurrir, lo que ocupa ahora casi todo el primer plano.

Frente a eso, pero no sólo en la misma dirección, porque su autor participa acaso de ambas vertientes, este bienvenido libro del cordobés Oscar del Barco, él mismo felizmente una figura poco convencional en nuestro medio, viene a ocupar un espacio no sólo relevante sino, mejor aún, saludablemente fértil.

Con una perspectiva que se presenta como radical desde su primera línea donde, citando a Mallarmé, afirma: «el *autor* de un poema en realidad es su primer lector», para dar enseguida un paso más, sin duda al menos inquietante para el harto vapuleado yo occidental: «nadie puede ser considerado autor o ‘creador’ de una obra de arte», del Barco consigue proponernos su personal lectura de Ortiz sin dejar de desplegar, al ha-